

23 de julio de 2023 - 16º domingo ordinario "A"

[Sab 12,13.16-19; Rom 8,26-27; Mt 13,24-43](#)

Homilía

Queridos hermanos y hermanas

El Evangelio de Mateo reúne aquí tres parábolas de Jesús, las tres referidas al Reino de los cielos, el Reino que Jesús vino a instaurar en la tierra. Es el Reino que se realizará plenamente al final de los tiempos, pero que ya está presente y crece. Y precisamente una característica del Reino que destacan las tres parábolas, cada una a su manera, es que el Reino, como todo lo creado, está sometido a una ley de crecimiento. Incluso el Hijo de Dios, cuando se encarnó, estaba sometido a esta ley. ¿No dice el Evangelio que crecía en edad y sabiduría ante Dios y los hombres?

Estas parábolas nos hablan de la semilla sembrada en la tierra, que germina lentamente; luego, del grano de mostaza, que es minúsculo, pero del que crece una planta bastante grande; después, de la pizca de levadura que un ama de casa echa en tres medidas grandes de harina, que hace subir toda la masa.

La primera enseñanza es que el crecimiento lleva su tiempo y que cada planta tiene su propio ritmo de crecimiento. No se puede hacer que una flor crezca más rápido tirando sobre ella. Queremos conseguirlo todo deprisa, casi instantáneamente, incluida nuestra propia conversión, y más aún la de nuestros hermanos y hermanas. Y Dios tarda un siglo o más en hacer crecer un roble. Y, afortunadamente para nosotros, Dios es tan paciente con nosotros como lo es con el roble.

Nos impacientamos fácilmente con el lento crecimiento de nuestros hermanos, e incluso con el nuestro; pero hay algo más grave. Es la presencia del mal en el mundo. Basta con echar un vistazo a un periódico o escuchar las noticias en la radio para darse cuenta de la enorme cantidad de injusticia, opresión y violencia que existe en casi todo el mundo. De buena gana intentaríamos erradicar la violencia con más violencia, como hacen algunas grandes potencias, con los resultados devastadores que conocemos; o intentaríamos erradicar la violencia por la fuerza, como dicen algunos países, con un torrente de sangre que sólo engendra más violencia. La primera lectura, del Libro de la Sabiduría, nos recuerda que es nuestra falta de fuerza y nuestra inseguridad lo que nos empuja fácilmente a la violencia, mientras que Dios, precisamente por su fuerza, puede ser paciente y comprensivo: "Tu fuerza es la fuente de tu justicia, y tu dominio sobre todas las

cosas te hace paciente con todas las cosas".

Hay otra semilla en nosotros. Es la semilla de la vida divina que Dios puso en cada uno de nosotros cuando nos creó a su imagen y sopló en la nariz del primer hombre su aliento de vida, según la imagen del libro del Génesis. Porque hemos sido creados a imagen de Dios, porque Dios nos ha dado su Espíritu, este Espíritu crea en nosotros una aspiración constante a un crecimiento continuo. Estamos llamados a conformarnos cada vez más a la imagen de Cristo. Tomando conciencia de esta aspiración y haciéndola nuestra, podemos cumplir el precepto evangélico de orar sin cesar. De esta oración habla San Pablo en la segunda lectura de hoy, cuando dice que no sabemos orar, pero que el Espíritu Santo intercede en nosotros con gemidos inefables. Que este gemido, este deseo, este anhelo de crecer cada vez más ocupe cada vez más espacio en nosotros.

Otra enseñanza del Evangelio de hoy es que no debemos erigirnos en jueces de nuestros hermanos y hermanas. Nuestra tendencia natural es clasificar a las personas en dos categorías, los buenos y los malos. Obviamente, generalmente nos ponemos en la primera categoría. Esta es la tendencia de los individuos, las naciones y los grupos religiosos por igual.

Impulsados siempre por una profunda necesidad de seguridad, nos perturba fácilmente la naturaleza relativa de todas las cosas. Intentamos entonces transformar todos nuestros conceptos en absolutos, y nos molestan fácilmente quienes no sienten la misma necesidad. Rápidamente nos volvemos intolerantes y sectarios.

Los propios Apóstoles se escandalizaron de la actitud de los Fariseos y de algunos discípulos indecisos, e incluso querían que Jesús hiciera bajar fuego del cielo sobre sus enemigos. Jesús se negó. Él era el pastor universal. No había llegado al poder como un juez cuya misión fuera separar a los buenos de los malos. No trazó líneas divisorias entre los discípulos. No juzgaba. Había venido por los pecadores, y simplemente esperaba que todos se reconocieran pecadores. En su amor, a la espera de una respuesta, tenía un respeto extraordinario por todos los que amaba. Su paciencia era expresión de un desprendimiento radical de sí mismo. A lo largo de su vida, fue la encarnación de la paciencia de Dios con los pecadores. Demostró que el perdón divino no tenía límites y que ningún pecado podía sustraer al hombre del poder del Padre.

Como Cuerpo de Cristo, a la Iglesia se le ha encomendado la tarea de encarnar la paciencia de Jesús con la humanidad. Su misión no es separar a los buenos de los malos, sino presentar un auténtico rostro de amor. Esto es tan cierto para la pequeña Iglesia local

Document extrait du [site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont](#), qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

constituada por una comunidad monástica como para la Iglesia universal. En la tierra, el grano bueno está siempre mezclado con la paja e incluso con la cizaña. La línea divisoria entre el bien y el mal pasa por el centro de cada uno de nosotros. La separación sólo puede tener lugar después de la muerte.

Ninguno de nosotros puede esperar imitar la paciencia de Cristo si no se alimenta de su Palabra y de su Pan. Por eso celebramos hoy de nuevo la Eucaristía, porque puede alimentar en nosotros las semillas de la vida.

Armand Veilleux